

Padre Juan Lehmann V.D.

La comunión sacrílega

"Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda?"

(Mat. 22, 12).

La cena nupcial del rey de que nos habla el Evangelio de hoy, representa en primer lugar la participación del reino de Dios en la tierra (la Iglesia Católica) y la posesión del reino de Dios en el cielo. Pero podemos también referirlo a la Sagrada Comunión, que es el banquete real, al que Dios nos convida diariamente, pero con una sola condición: la de no comparecer sin vestido nupcial.

En otras palabras: que comulguemos dignamente, y no sacrílegamente. Puesto que la Comunión sacrílega es:

1º La Comunión sacrílega es un terrible crimen .

— a) Sacrilegio de Baltasar. ¿Conocéis la historia del rey Baltasar de Babilonia? Con ocasión de un gran banquete, mandó buscar los vasos de oro y plata que su abuelo Nabucodonosor había robado del templo de Jerusalén, y los profanó bebiendo en ellos con sus mujeres y convidados. Entonces aparecieron unos dedos como de mano humana que escribieron en la pared, frente al rey: Mane, Técel, Fares. Asustado el rey, palideció y comenzó a temblar. Convocó a todos los sabios de su reino para interpretar las misteriosas palabras, pero ninguno supo hacerlo. Mandó entonces llamar al profeta Daniel, quien le dijo con toda franqueza: "Rey, tú te has levantado contra el dominador del cielo, y has hecho traer a tu presencia los vasos sagrados de su santo templo, y en ellos has bebido el vino tú, y los grandes de tu corte, y tus mujeres, y tus concubinas; has dado también culto a los dioses de plata, y de oro, y de cobre, y de hierro, y de madera, y de piedra, los cuales no ven, ni oyen, ni sienten; pero aquel Dios de cuyo arbitrio pende tu respiración y cualquiera movimiento tuyo, a ése no le has glorificado. Por lo cual envió El los dedos de aquella mano que ha escrito eso que está señalado. Mane: Ha numerado Dios tu reinado, y le ha puesto término. Técel: Has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto. Fares: Dividido ha sido tu reino, y se ha dado a los Medos y a los Persas". Aquella noche misma fue muerto Baltasar, rey de los Caldeos" (Dan., 5, 23-30).

El acto de Baltasar fue una profanación de los vasos sagrados. Pero el que comulga sacrílegamente comete una profanación, un crimen, contra el mismo Dios tres veces santo. Este acto es mucho peor, más impío y abominable que el de Baltasar. "Reo será del cuerpo y de la sangre del Señor", dice San Pablo (I Cor., 11, 27), del que comete un sacrilegio. Este tal fuerza al Señor a entrar en su alma, la cual por el pecado volvióse horrible, desfigurada, y hasta muerta y en putrefacción; procede como los soldados y sayones, que

en el Huerto de las Olivas amarraron a Jesús con cuerdas y lo llevaron preso.

b) Torturas de Maximiano. Cuando el Emperador romano Maximiano, quería torturar especialmente a los cristianos, mandaba que los atasen a un cadáver en descomposición: ojos con ojos, boca con boca, pecho con pecho del muerto. Así hacía que permaneciera el cristiano hasta que muriera de repugnancia y terror. ¡Qué horror! Pues algo semejante hace el que comulga sacrílegamente. El alma en pecado mortal está muerta, tan horrible y detestable ante Dios, como un cadáver putrefacto. Y en tal estado obliga el pecador a Jesús a que se una a ella en la comunión sacrílega. ¡Jesús, la santidad misma, obligado a entrar en ese cubil de pecados! ¡Jesús, la suprema belleza, tiene que morar en ese antro horripilante! ¡Jesús, verdadero Dios, constreñido a morar con el demonio! ¡Oh! ¡Qué crimen contra la sagrada Carne y Sangre de Jesús! ¿Y cómo los ángeles del cielo no ahuyentan de la Sagrada Mesa al sacrílego criminal?

2º La Comunión sacrílega es una ruda ingratitud.

— a) Judas. El Apóstol Judas, cuando Jesús fue apresado en el Huerto de las Olivas, dio al Salvador un beso, en señal de amistad. Exteriormente procedía como si amase a Jesús; pero en realidad lo estaba vendiendo por treinta monedas de plata.

¡Qué felonía! ¡Qué bajeza! ¡Qué hipocresía! ¡Qué ingratitud! ¿Es ése, oh Judas, tu agradecimiento al Salvador por todo el amor y bondad que te manifestó durante tres años? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre? ¡Oh Judas! ¿Comulgaste en realidad sacrílegamente, o saliste antes del Cenáculo? ¡Oh! si allí comulgaste, cometiste una acción enormemente grave, que daría testimonio de la más negra ingratitud para con Jesús.

El que se aproxima indignamente a la Sagrada Mesa, es un perfecto imitador de Judas. Procede exteriormente como si amase a Jesús; se acerca al sagrado Banquete como los demás; recibe la Sagrada Hostia, pero su corazón está muy lejos de Jesús. ¡Se aprovecha del más santo de los Sacramentos para causar a Jesús la mayor afrenta, en lugar de agradecérselo de todo corazón! Olvídase de los beneficios del Señor y le ofende del modo más grosero. El Salvador le llama por medio de la conciencia, como en otro tiempo a Judas: "Amigo, ¿a qué has venido? Amigo, ¿cómo osaste entrar sin vestido nupcial?" Pero el infeliz no se deja ablandar por la gracia; arrodíllase hipócritamente en el Comulgatorio, y recibe en sus sacrílegos labios el Sagrado Cuerpo del Señor. ¡Oh! ¡Qué ingratitud! Que los infieles, que los enemigos de Cristo profanen el Santísimo Sacramento, es cosa horripilante; pero se puede decir, en ese caso: "¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!" Pero que lo hagan los Cristianos, los católicos, ¡oh! eso es infinitamente peor ¡Eso debe doler sobre toda ponderación al Corazón de Jesús!

b) Bruto. Refiere la historia que el emperador romano Cayo Julio César, fue atacado por una gavilla de conspiradores. Cuando los enemigos, puñal en

mano, se precipitaron sobre él para matarle, César se defendió valientemente. De pronto, entre los conjurados divisa a Bruto, a Bruto, a quien había adoptado por hijo, a quien había amado paternalmente y colmado de beneficios. Tal ingratitud hirió su alma llevándole a exclamar: "Tu quoque, Brute!" ¡Oh Bruto, tú también...! Y cubriéndose con su toga, dejó de defenderse y cayó muerto. ¿No podría Jesús decir de igual manera al divisar al sacrílego que se acerca a recibirle: "¿Tú también, cristiano mío, amigo mío, hermano mío? ¡También tú, a quien colmé de favores! ¿Así me pagas ahora, con tal ingratitud y tal afrenta? ¡Qué horrible ingratitud!"

3º La Comunión sacrílega es una gran desgracia . La Comunión sacrílega es una gran desgracia, porque lejos de producir gracia alguna, no trae consigo más que castigos. Ya lo anunció el Apóstol (I Cor. 11, 29): "Porque quien lo come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor"; es decir, castígase a sí mismo, porque sobre sí mismo atrae los castigos de Dios y la condenación eterna. Al sacrílego profanador ha de sucederle lo que a Heliodoro, que se atrevió a robar el tesoro del templo de Jerusalén, quien pisoteado por el caballo de un ángel, fue después terriblemente azotado hasta que cayó en tierra envuelto en oscuridad y tinieblas (II Ma. 3, 25.)

La Comunión dignamente recibida es la vida con Jesús. "Satanás se apoderó de Judas." (Lc. 22, 3.) "Era ya de noche." (Juan 13, 30.).

La Comunión dignamente recibida aumenta la vida de la gracia. La Comunión sacrílega destruye la gracia santificante. La Comunión digna produce en el alma gusto y vigor para practicar el bien; la indigna, en cambio, produce indiferencia y embotamiento para todo lo religioso, y la ceguera y endurecimiento del corazón.

La Comunión digna perdona los pecados veniales y preserva de los mortales; la indigna va añadiendo nuevos y terribles pecados mortales a los que el alma ya tenía.

La Comunión digna es prenda de la vida eterna del cielo. "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día." (Juan 6, 55.) La indigna, al contrario, acarrea la eterna condenación en el infierno. "Atado de pies y manos, arrojadle fuera a las tinieblas; donde no habrá sino llanto y crujir de dientes." (Mateo 22, 13.)

"Recíbenle los buenos y los malos, Mas con distinta y contrapuesta suerte De inmortal vida o de funesta muerte. Es vida para el bueno, y para el malo, Muerte. ¡Ved, de igual "pan", carne divina, Cuan diferente efecto se origina!"

(Sto. TOMÁS DE AQUINO.)

¿No os aterrorizan los efectos de la Comunión sacrílega? Penetraos profundamente de este saludable temor, pues, en verdad, es lo más terrible:

un crimen horrible, una ruda ingratitud, y una inmensa desgracia.

No temáis, sin embargo, por vuestras Comuniones pasadas, por si hubieran podido ser indignas ¡No! Sólo comulga sacrílegamente el que lo hace conscientemente, sabiendo que se halla en pecado mortal.

Aun más: aunque alguno hubiera venido en realidad comulgando indignamente muchas veces, no debe por eso desesperarse como Judas después de su traición; antes bien debe despertar en su alma un profundo dolor, —a imitación de San Pedro después que por tres veces negó a su divino Maestro—, confesarse sinceramente y comulgar dignamente. Así Jesús se le mostrará clemente y misericordioso.

Practiquemos todos las enseñanzas de San Pablo: "Examínese a sí mismo el hombre; y de esta suerte coma de aquel pan, y beba de aquel cáliz." (I Cor. 11, 28.) Si así lo hacemos no llegará a decirse: "Las prevenciones para las bodas están hechas, mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas." (Mat. 22, 8.) Recibamos con frecuencia el celestial banquete; nos convida el Señor, y hasta nos fuerza; pero primero oremos con la Iglesia: "Señor mío Jesucristo, que este vuestro cuerpo que aunque indigno, pretendo recibir, no sea para mí causa de juicio y de condenación, sino que, por vuestra piedad, sirva de defensa para mi alma y cuerpo, y de remedio para todos mis males." (Ordinario de la Santa Misa.)

(Tomado de "Salió el Sembrador..." Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1947, Pág. 294 y ss.)